



EL PRIMER LIBRO DE FABELA

Por R. E. MONTES Y BRADLEY,
(doctor y periodista argentino)

En el año de 1905 Isidro Fabela que ha nacido en 1882, es decir que a la sazón tenía veintitrés años cumplidos, confiesa haber comenzado a escribir las páginas del volumen intitulado “La iris-teza del amo”. Se ha de descontar entonces que el libro sea un producto de abril. Advertencia que subraya la propia prestancia del volumen: su valiosa ilustración que corriera a cargo de Cabral, el cuidadoso decorado de guardas, cenefas, capiteles y carteles debido a Freymann y más aun el prolijo prólogo que suscribió Francisco Villaespesa y que es en verdad un valioso por sagaz epítome del desenvolvimiento histórico de México y la correspondencia ha-bida entre su heroica insurgencia y patriótico crecimiento y el despertar de las artes a una mayoría de edad sobre lúcida, extraor-dinariamente temprana.

No he tenido la fortuna de poseer otro ejemplar que éste de la segunda edición impresa pulquérrimamente en Cervantes 28 de Madrid, al que las palabras de una cordial dedicatoria de su autor para mí, acrecen su valor exorbitantemente. Por él tengo que decir cuanto estoy escribiendo, sin que las razones de la filotropía medren en el ánimo ponderado exigido a todo crítico ecuánime.

Debo confesar que me duele un poco que la circunstancia me prive de ocuparme con todo el entusiasmo que merece, del proemio suscrito por Villaespesa ya que lo tengo por una de esas páginas con que se comprueba fehacientemente que el mundo de la cultura no reconoce ni acata fronteras, y que ignorar lo que en un deter-minado ecúmene le acaece al hombre es muestra, más que de dis-pli-cencia o desinterés, de turpitud con que, desde luego, el indivi-duo se desluce.

Pero me explico: la circunstancia ha sido provocada por una convocatoria continental destinada a honrar al maestro honorable que es en estos años Isidro Fabela, con motivo de cumplirse el quincuagésimo aniversario de su graduación como abogado. De manera que parece de buen criterio la presta entrada en materia sin distracción alguna por valiosa —que lo es— que ella fuese.

Ignoro si Isidro Fabela está arrepentido de este su primer libro que apareció publicado en 1916 (al menos esta edición),¹ cuando él tenía ya ocho años de ejercicio profesional, ocho años que se dicen muy rápidamente pero que en el foro transcurren con morosidad aunque esta práctica forense se caracterice por una arritmia en nada estimulante al quehacer jurídico del doctrinario. Recuérdese que dos de estos años coincidieron con los prodromos revolucionarios del 10, y los restantes hasta los susodichos ocho, debieron coincidir no solamente con los inciertos del gobierno revolucionarios, sino con los convulsos de la contrarrevolución y la seciente lucha armada que sumió al país en jornadas acerbadas de horrorosa tragedia.

Debieron coincidir —los restantes seis— y no coincidieron sin embargo, porque —y aquí comienza la vida pública de Fabela— en 1911 quien un lustro después iba a publicar *La tristeza del amo*, definía su vida, al resolverse a participar de manera activa en los propósitos revolucionarios de trocar a una sociedad parasitaria, retrógrada y soberbia por otra humildemente laboriosa pero progresista.

Efectivamente; fue en ese año que el novel licenciado en derecho se daba de alta en la militancia revolucionaria como defensor de oficio del distrito federal, con cuyo desempeño la judicatura metropolitana obtuvo valiosa cooperación en el objetivo de asegurar la administración de la justicia sin resentimiento de la moral cívica, propósito que se había proclamado como uno de los postulados revolucionarios.

Su eficiencia en abogar; pronto le significó a consideración de los más destacados epígonos del movimiento sedicioso. Al punto que de inmediato, escogido por el propio jefe constitucionalista,

* La 1a., edición fue publicada en Madrid 1915 (librería Vda. de Pueyo) con material escrito durante los años de 1905 a 1907.—Nota del Comité Editor.

estuvo entre ellos como uno más y cabe a él como selecto por su probidad tanto como por su inteligencia y preparación. Y así fue legislador diligente y fecundo, y burócrata responsable hasta alcanzar una comisión de suyo importante como lo fuera la inherente a la relaciones exteriores de cuya secretaría fue su encargado desde agosto de 1913 hasta su salida al extranjero en 1915.

* * *

Podrá parecer ajeno al discurso el párrafo precedente; mas lo que de él se tenga por impropio, constituirá precisamente su propiedad. Por cuanto lo que se quiere probar es que Isidro Fabela a la fecha de la edición de *La tristeza del amo* no era el abrinquiñado autor novel que publica con ayuda del condescendiente y un poco halagado papá, su primer libro de poemitas rosados o cuentecillos tornasol con que la familia muéstrase absortada por el sin igual fenómeno de ingenio.

Y esta conclusión da pie, suelto y cómodo, para aceptada la hipótesis, robustecer la hipotiposis de manera convincente.

Porque es evidente que si Fabela publica su libro a los treinta y cuatro años de edad —aunque lo comenzase a escribir a los veintitrés y terminase a los veintiocho—, después de tan intensa cuanto azarosa vida pública, no era por imperio vanidoso de joven autor y menos por agradar la vanidad paternal que pudiera mostrarse excitativa y ambiciosa.

Lógicamente debe tenerse por seguro que los altibajos sociales propios de las circunstancias que vivía el país demoraron algún tanto la edición que, fuera de toda duda, su autor ya tenía resuelta. No obstante, aunque así haya sido y hubiese existido la dilación, ésta pudo influir en tres, en cinco, quizás en más años la voluntad del autor, pero de todas maneras, insístase, Fabela tiene confesados veintitantos años para cuando los originales de *La tristeza del amo* estaban en condiciones de imprimirse.

Y si ahora Fabela se arrepintiese de este su primer libro, no tendría —o tendría muy poca— razón para ser eximido de culpa ya que hasta los veinte la vida puede medirse condescendientemente por abril, pero no más allá, al menos sin detrimento de la personalidad que ya entonces debe manifestarse aunque en ciernes, con signos inequívocos hasta ser prefulgentes.

* * *

Tengo para mí que Isidro Fabela por lo contrario se congratula íntimamente por su primogénito: *La tristeza del amo*. Y de veras me alcanza su lisonja como propia. Quizás porque poseo para la mía bien cabal que no indirecta, el total de su bibliografía cuya lectura me ha dado la exacta medida que cada libro suyo ha debido tener y ha tenido en tanto eslabón de una carrera francamente ascensional que más que a él, lustra a su patria martiamericana.

Y escribiendo así, quiero decir, debo decir, porque intuyo la fortuna de este primogénito. Al menos a los ojos de su padre, que en este caso más que él mismo o como él mismo resulta afortunado.

Pero escribir de la fortuna del padre con respecto al hijo, equivale a escribir de los merecimientos de éste. Y es lo que haré para complacer sin jactancia ni vocación de formular la anticipada hipótesis más por la obra que por la descripción viva y eficaz de la persona de su autor al momento de producirla, momento de comenzada maduración si del propio hombre, del jurista y del escritor.

* * *

A los académicos del día —al menos a muchos de ellos— parecerá el libro un engendro cultista de inútil circulación. Como que a fuerza de exigirle a la gente agilidad idiomática lanzan a la lengua por atajos cuando no trampolines de suyo desgraciados. A mí, en cambio, me parece, y esto quiero escribirlo previamente y aunque sin hesitación, un tanto enfáticamente, que la cualidad más señalada del volumen es su prosa castiza y castiza no quiere decir de ninguna manera, falsa, al punto que castellano hablan aquí en América las provincias que los políticos al uso suelen considerar atrasadas en décadas cuando no en siglos, y a las que puede acusarse de todo menos de falsedad. Falsas y falsarias son en las naciones hispanoamericanas y en el mundo las metrópolis remilgadas y presumidas, porque yantan a más y mejor los succulentos al par que sabrosos platillos que la provincia les sirve con harta generosidad y sin alharacas como las que gasta el propio capitalino cuando gusta llenar su boca además de con el condumio, con el

ditirambo del mismo que colma su bienestar con que sin embargo señala su divorcio económico y telúrico.

La tristeza del amo contiene once muy diferentes piezas literarias que se han de examinar. Mas que conste que todas ellas están escritas en un español con que se demuestra la buena escuela recibida por su autor y el cuidado tenido por éste en preservar de males y acechanzas la lengua de sus mayores.

Cuentos, relatos y breves ensayos son en la sarta aunque no en el género, semejantes en su valía. Porque todos atraen el interés del lector tan pronto se vuelve su primera página en que el planteamiento se realiza si bien directamente, con encendido calor de adhesión a la propia trama novelística, cuentística o meramente discursiva. Y lo atraen tan sólo con el entusiasmo —que al autor le fluye temperamentalmente— que resulta contagioso por su calidad prístina y además, fervorosa.

Podría decirse y afirmarse que la atmósfera del libro es una: este adicto entusiasmo del autor para sus temas, para sus escenarios, para sus personajes. Entusiasmo que es adhesión a plenitud también para las preocupaciones, para los problemas, para los anhelos de toda esa gente que constituye el mundo del volumen. Cier-to es que presumiblemente todo el volumen es autobiográfico —¿en qué parva medida todos los libros no lo son?— y en consecuencia Fabela no puede sino sufrir y gozar con sus personajes que mucho menos ficciosos de lo que se imagina el lector, asisten a los días de su vida cálamos corrientes, de manera que más que de sicólogo, la aprehensión suya resulta habilidad notarial.

Así es como discurre la provincia mexicana, sin ablación alguna capaz de deslucirla. Por lo contrario, paisaje, personajes y anécdotas constituyen un todo armónico donde hasta los extremos del carácter o los de la reacción se cantan con fidelidad vernácula y sentido estético seguramente teológico.

Por esto es que el libro vale —además de por su castellano ponderable y retórico que es decir, persuasivo—, porque asido a la entraña popular alcanza el cenit artístico sin perder un ápice del interés narrativo vg. que a medida que asciende, pasa y traspasa su “climax”, coge y sobrecoge al lector en solidaria actitud.

La narración que da nombre al libro, por ejemplo, muestra una pluma vigorosa en el trato de los protagonistas de una aciaga, dolorosa página de la estirpe provinciana preformada por varones recios hasta el sacrificio cabe a quienes la descendencia sólo puede tomar un ejemplo: el continuarla. Por ello, aunque en el caso la vieja hacienda deba venderse, nada se pierde porque su viejo dueño que heredó a su turno la parénesis de su progenitor, la lega con máxima calidad parenética a su vez. Y el niño recibe la lección sin la advertencia consiguiente a un acto desnudamente moral o pedagógico, sino a una mera función hominal que ha de distinguir el árbol heráldicamente considerado de que él procede y al que él contribuye a conformar.

Don Rodrigo, el dueño de aquellas tierras —seguramente del Estado de México donde el autor transcurrió su infancia—, tierras de Mavafí, vegas de San Isidro, Guadalupe y Dolores, presas del Venado y del Salto... llama a la reflexión más detenida con su actitud de vender aun sabiendo que, como él dice con el corazón anegado por honda pena: “...quien se lleve mis tierras, se lleva también mi vida...” Y esto porque la venta no es arbitraria y menos caprichosa, sino tierno tributo de amor filial que sabe que ninguno de los muchachos nació con vocación agricultora, por lo que “...veríanse forzados a mal negociar este patrimonio o a mal administrarlo, y un padre debe mirar, más que a su dicha presente, la futura de sus hijos”.

* * *

“Justino y sus mujeres” es un cuento de antología literaria novohispana.¹ No en vano el propio protagonista lo es de la antología de la vida, especialmente de sus capítulos donjuanescos. Que lo digan sino las mozas del Salto, de Santiago, de San Pedro, del Ranchito y de San Vicente que todas ellas se lo disputan a pesar de saberle casado o quizás por eso mismo, conociendo a Filomena su mujer que aunque hacendosa, es “vieja más entrada en años que Justino, quien podría perfectamente ser su hijo”.

¹ Publicado por Ventura García Calderón en su libro *Los Mejores Cuentos Americanos*. Edit. Maucci. Barcelona.

Pero han perdido el tiempo las codiciosas mujeres del lugar, porque un día, sin previo anuncio, Juliana la “sinvergüenzona más descarada que las gallinas” al decir de ellas mismas, sobrina de pega del gañán, comparte las intimidades de éste con el consentimiento de su mujer que así ha hallado el expediente más cómodo de tenerle aunque compartido, seguro y fiel al Jacal de San Isidro donde viven. Hasta que el señor alcalde, tras recibir tantos anónimos de la gente de la alquería, resuelve interpelar al infeliz treintañal quien le confiesa ser verídico que él cohabita con la guapa, mas “con licencia, señor don Antonio...”; “Pos como ya la Filomena está muy grande, con perdón de su mercé... eje... pos osté sabe, pos le pido licencia... y ansina es, con perdón de osté, señor amo... Eso sí, nomás con licencia”. A lo que responde el ventrudo alcalde... Pero, en fin..., no es el caso de recontar el cuento sino cuanto más de despertar el deseo de su lectura que ha de ser, sin duda alguna, placentera.

No le va en zaga al anterior “En el establo”, aunque ya no pertenezca al género picaresco, sino a su opuesto: el trágico. José Antonio es “un muchacho fuerte y aguantador para el *tajo* y sin rival en el establo para ordeñar más pronto, acarrear el silo, cuidar las vacas en los malos partos, y el más *templado* en todos esos fregados relativos al esquilmo lechero de la finca”. Vive cerca de la Loma del Talayote; también de San Bartolo. Y entre uno y otro lugar acostumbra a andar en sus menesteres campiranos. Quiere a sus dos hijos como a sus vacas entre las cuales nació, como... a su mujer hasta que premune su infidelidad. Entonces es cuando...: “llegó al jacal frontero al establo, paró el carro, amarró las riendas en el mismo, y, más con miedo de hallar mal herido a Refugio que con la esperanza de verlo revolcado, voló más que corrió al establo, de paso para la zanja pegada a la vega de San Isidro”. Y es que en el camino real había encontrado, al ir a lo suyo, el carro de éste cuyas mulas “ya daban con el precipicio...”

Fabela dominando magistralmente el género, define el “sus-pense” que sobrecoge al lector, de la siguiente manera: “Después le ocurrió levantar el sombrero de Refugio, para probar el delito, y se fue corriendo por la vereda del Talayote camino de la hacienda. Huyó del establo, llevando el corazón maltrecho, el cuerpo tembloroso y el cerebro obsecado por la punzadora idea de su des-

honra". Etcétera, ya que aquí no se recuenta como se previno, sino se ejemplifica para bien juzgar.

"En el establo" no en vano mereció en 1906 el primer premio en el concurso de cuentos regionales de *El Mundo Ilustrado* ya que como el anterior, según también se anticipó, este cuento es digno de la crestomatía.

En "Añoranzas de mi pueblo" —que con tierno cariño dedicase a su madre— lo mismo que "Bajo el pinar" rememora dos anécdotas vivísimas de su edad de adolescente novicio en lo rural. La primera es una estampa extraordinaria por su acierto; jocosa si se quiere puesto que recuerda el ensueño infantil de llegar a ser un "caballero andante de la charrería" y, naturalmente, trae a relación el momento en que la madre le regala la silla y el padre le proporciona el espaldarazo consiguiente pero para su desgracia ordenando, por precaución filial aunque absurdo crimen de lesa charrería, que "Catarino, el mozo de estribo de mi padre" le amarrase "¡como a un cualquiera!...". Es intensamente trágica la otra la segunda, ya que rememora el día y la hora en que el progenitor "debía partir con premura a firmar el contrato: ¡la venta de la hacienda!...", aquella venta de que ya se escribió que costase tanto a quien la realizaba, al extremo de hacerle oír al muchachito palabras que nadie pronunciaba pero que "la sangre de mi padre y el alma de mi padre me gritaban": "¡Si yo quiero más que tú, hijo mío, al Rincón del Encinar, y al Establo y a Mavatí, y al Salto Grande y al Chico, y al Jacal de San Isidro, y al río y a mis peones, que también son mis hijos!...", palabras por las que "Fuime donde nadie me viera ni escuchara; lejos, monte adentro y monte arriba, donde las hojas secas y las bellotas, me tendí en el suelo como una pobre cosa triste... Y sollocé, gemí al par que encajaba mis manos entre la tierra floja del bosque y hacía crujir la hojarasca seca entre mis dedos..."

* * *

Igualmente grávidas de semejante emotividad son sus cuatro "Cartas rancheras": "El regadío", "El bosque que canta", "Frente a la vega" y "Rememorándote en los trigales". Con ellas se clausura —aunque no en el orden de la colación— lo que bien pudiera considerarse como primera parte del volumen, aquella directamente

vinculada a su experiencia campirana de niño y de adolescente. Indudablemente estas epístolas las escribió éste que no aquél cuando comenzó a amar seguramente allí, cabe a la tierra de la finca paterna donde despertó también, años antes, de modo fortísimo, su amor telúrico. “Claro es que sin amor a la tierra no se la riega bien. Querería es lo primero —escribe a su adorada—; haberla pisado en la infancia, laborado en la juventud, hollado siempre. . .” su elocuencia es ya anticipo de la que significaría al hombre público a consideración de foros, parlamentos y conferencias nacionales e internacionales. El mozo escribe con propiedad además. Y si así lo hace en la primera carta, en las otras lo reafirmará con sensatez y aplomo en que se intuye su maduración. Son cartas virgilianas, breves como las hubiese gustado el mismo Gracián. Pero profundamente sentidas, con el sabor con que se gusta todo lo que uno lleva dentro del alma. Un alma tensa, en contrapunto amoroso que bien se observa en el primer párrafo de la tercera, por ejemplo, que dice así: “¡Que linda está la vega! Si la vieras. . . Frente a ella te escribo. En toda la campiña hay una calma santa. El sol ilumina miríficamente el verde vivo de los trigos, y alegra las lomas yermas y escuetas por el frío cruel de la invernada. Casi todo está seco, el pasto mustio, la llanada monótonamente amarillosa. ¡Sólo hay primavera en mi corazón!” Es como si el joven Werther escribiese; lo hace con digna elocuencia y encendida pasión. Mas con parquedad de clásico que sabe ya articular el discurso con preciso verbo y embellecerlo con justa valoración nominal y atribución que el adjetivo exacto remarca sin titubeos.

Empero toda su ufanía procedente de su congenitura telúrica, se vuelca irrefrenablemente con propiedad de maestro, en la última de las cuatro a la amada, en que le dice así: “Por la noche, rendido de cansera, maltrecho, como Don Quijote después de la aventura de los molinos, tropezando aquí y allá con los breñales del monte o con los brazos largos del madroño o del ocote, arrebujado hasta las cejas, y aún si no es medroso de dar al traste con mi humanidad en algún barranco, pensaba en lo lejos que estamos y en lo cerca que deberíamos estar. ¿Por qué no naciste aquí, en el solar que tanto amo y que voy a dejar para siempre?” ¡Qué maravillosa confesión de adolescente! ¡Qué voz tan pura para transmitir sentimientos tan prístinos! Léase: “En medio de la Naturaleza la paz del espíritu está con nosotros; se ensancha el alma al

sentirse acariciada por el relente que arriba de los llanos y del monte. Hoy, más que nunca, quisiera tenerte a mi vera para entristecerme junto contigo, al dejar esta heredad para no volver a ella". Goethe hubiese querido junto a sí a este muchacho tan tierno y dulce cual fuera el mismo, que tan suasoriamente se lamenta de la ausencia de su amada, por no poder llorar con ella la inmensa desgracia de quien va a ser desgajado de su ecumene natío natural. Y seguramente, sí seguramente le hubiese aplaudido sus dotes y pruebas excelentes de preceptista romántico-naturalista, incitándole a proseguir fiel a sus sentimientos que es la manera en que el escritor llega a interesar a sus lectores, alcanzando la madurez a que se aspira en todo "metier".

* * *

Después de estas cartas con que el volumen debió alcanzar las constancias de su colofón, Fabela añade, no vanamente tampoco, cinco piezas literarias del mismo género que las primeras precedentes, narrativo no epistolar, pero no de igual temática. Prosigue el joven romántico dejando verter las sabrosuras de sus mieles espontáneas. Pero ya sus vivencias son ciudadinas, son aquellas a las que en sus cartas a la amada llegó a referirse para censurarlas por su propinuidad a la mundana distracción: el bullicio, el negocio, el amigo. . .

Con "Salomé", un homenaje juvenil a Lyda Borelli, quien tanto nos conmocionase en ocasión de sus resonantes éxitos teatrales y cinematográficos, parafraseando la escena bíblica que la grande actriz interpretase, logra una página que es suficiente para considerarle maestro en el estilo de la época que se prestase perfectamente a la mejor expresión de los éxtasis sensuales que son el "leit motiv" de las tres primeras de las cinco susodichas piezas con que se abrocha el libro.

En cuanto a las dos postreras: "Maestro de felicidad" que dedicó a Carlos González Peña y "Elogio del dolor"; la primera no menos erótica que sus inmediatas precedentes aunque con tendencias no al goce sino a la felicidad, muestra una vez más el cuidadoso celo con que Fabela la escribiese, y la otra, sobriamente apologética, al confirmar tan loable celosía, exhibe las cualidades que ya entonces distinguían a su autor, quien, crecientemente, con

su actuación pública como doctrinario del derecho, jurisperito y sobre todo escritor, confirmó lo que quizás para los lectores sagaces de esta su primera obra no pudo pasar inadvertido: con su vocación, sus excelencias señoriales en el oficio. En efecto, en su elogio, sublima el dolor considerándolo como camino indefectible hacia la templanza por cuya virtud digna de Marco Aurelio, se moderan los apetitos, se tornan amables los sentidos y aún más, con perdón de Pascal, se peralta la razón hasta impedir que aquellos flujos coruscantes de la pasión, la agravien y la invaliden.

* * *

Pocas palabras más, tan sólo muy pocas palabras. ¡Ojalá! Isidro Fabela, constelación del firmamento de Martiamérica, no se haya arrepentido como suele sucederle a muchos escritores septuagenarios, de esta su primera obra que lo muestra devoto de la tierra como Anteo fuerte y seguro en ella. Quizás de ahí provenga el vigor y la turgencia, en él todavía notorios, de su incontrovertible humanismo. Quizás hasta éste mismo sea raigalmente telúrico.

Mas si él compungido por haberle escrito y editado tuviese a *La tristeza del amo* —el libro de marras— por indigno de su primogenitura al punto que compungivo aún ahora le produzca estorbo escorza, va sin decir que me excuso de mi precipua culpa por esta divagación intrascendente, que no atinada valoración cual pretendió serlo.